PENSAMIENTOS EN LIBERTAD SOBRE EL FUTURO DEL SACERDOTE Y LA ALEGRÍA DE SERLO

Autor: *Monseñor Diego Coletti.*
Rector del Pontificio Colegio
Lombardo de Roma y Consiliario
Nacional del Movimiento de
Scouts católicos de Italia.

Mons. Coletti esboza una maqueta de la formación sacerdotal. Parte de datos reales: distancia generacional, estado comatoso de la fe, misión, acción de los laicos, languidez de la vida religiosa. Ante esto no podemos adoptar un pesimismo resignado, ni realizar una escapada por medio de la rutina o el cumplimiento de la norma, o acelerando el ritmo y ofreciendo soluciones prefabricadas. Hay que prepararse desde la experiencia espiritual en la oración de amistad con Cristo, ordenando la vida, madurando en el amor...

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v46i156.1057>

Leemos en un reciente texto de los obispos italianos, que el pueblo de Dios «...es llamado hoy —en un momento histórico marcado por rápidos y profundos cambios de tipo incierto en los campos social y político, y sobre todo, espiritual y cultural— a renovarse en la fe, en la caridad y en la esperanza de Aquél que “hace nuevas todas las cosas”¹» (n.1).

Se trata sólo de una, la última, de las muchas llamadas a la renovación y a la valentía de renovarse que en estos últimos años nos llegan del magisterio del Santo Padre y de los Obispos. El Señor ha hecho “las cosas nuevas” de una vez por todas, muriendo en la cruz y resucitando para la salvación del mundo; pero esta novedad, que se traduce

¹ Ap 21, 5.

en la Buena Noticia, el Evangelio anunciado hoy a todo ser humano, está destinada a renovarse continuamente en la historia, a hacerse presente en cada época con su carga de novedad, tanto más cuanto los tiempos dan señales de renovación “profunda y rápida” de la cultura, de las costumbres, de los estilos de vida.

En este marco, es obvio que las novedades no son un valor por sí mismas. Deben ser rigurosamente confrontadas y verificadas con la novedad de Cristo y su Evangelio; de ahí el trabajo que significa discernir las novedades constructivas de las inútiles y que inducen a desvíos. Un compromiso que compete a toda la comunidad cristiana, y especialmente al ministerio ordenado, haciendo que la custodia fiel del depósito revelado no se confunda nunca con una obtusa conservación, y que la búsqueda inevitable de la justa “puesta al día” no tome caminos desviados ni carreteras sin salida.

1.- ELEMENTOS DE NOVEDAD

El análisis del cambio propio de nuestra época se encuentra descrito en documentadas e innumerables obras especializadas. Se encuentra en acto y en rápida evolución. No es posible hacer una descripción detallada. Nos limitaremos a subrayar algunas líneas sin pretensiones de dar respuestas completas, con la única intención de indicar aquellos fenómenos que más directamente afectan a la situación existencial de los sacerdotes.

*Profundidad
de la distancia
entre
generaciones
de sacerdotes*

1.- Una primera observación general se referiría a la “distancia” entre generaciones. Conviven, en nuestras unidades pastorales, sacerdotes cuya formación se remonta al periodo preconiliar y sacerdotes que ni siquiera se han dado cuenta de la profundidad del giro conciliar, por el sencillo motivo de que no guardan ningún recuerdo de lo que sucedía en la Iglesia y en el mundo civil antes de los años sesenta. Casi es posible afirmar que, en la historia de la Iglesia, la distancia de sensibilidades y mentalidades entre diversas generaciones de sacerdotes nunca ha sido tan amplia como lo es hoy. Si bien es cierto que las tensiones entre viejos y jóvenes se repiten puntualmente en cada época de la historia, también lo es que nunca como hoy son atribuidas no tanto a lo obtuso de los primeros y a la impaciencia de los segundos cuanto a

las condiciones objetivas de la divergencia generacional. En un campo tan amplio y complejo como es el de la pastoral, tal divergencia muestra más que nunca su problemática y su inercia. Incomprensiones, retrasos, lentitud e incluso verdadera parálisis en la renovación pastoral, pueden ser entendidas sólo teniendo presente el influjo de este fenómeno; fenómeno que, de otra manera y con otros resultados, afecta también a la familia, la escuela, la convivencia social y, más en general, todas las relaciones de comunicación y relación entre personas.

2.- Indiquemos un segundo dato: en las últimas décadas se ha hecho más clara la **progresiva descristianización de la cultura difundida**. No es posible examinar todas las causas ni todos los aspectos. Baste recordar el influjo aplastante de los medios de comunicación, o mejor, de su uso salvaje e indiscriminado, a menudo al servicio de lo fútil y lo efímero —derivado de agencias culturales lejanas y opuestas al Evangelio—, condicionado por la lógica comercial de los índices de audiencia. La secularización, causa y efecto a la vez de lo ya dicho, unida al desconcierto derivado de la situación multirracial y multirreligiosa cada vez más amplia, relacionada con las debilidades y retrasos que se han verificado en el anuncio de la fe y en la catequesis del primer ventenio tras el Concilio, ha determinado en amplios sectores de la población, todavía creyentes (quizá sería mejor decir “todavía de algún modo practicantes”) una especie de estado comatoso de la fe. Ésta todavía está viva, pero inerte e incapaz de dar lugar a cualquier proceso decente de inculturación. Una fe adulta, consciente y culturalmente eficaz es cada vez más rara. Mucho más difundido está lo que podríamos llamar el síndrome de inmunodeficiencia, una epidemia de SIDA de la fe: los virus de la superstición, de la religiosidad pagana, del sensacionalismo de presuntas revelaciones privadas y de improbables acontecimientos preternaturales y de las más extrañas mezclas con doctrinas esotéricas y estrafularias (¡se dice que el 30% de los italianos se declara más o menos convencido de la idea de la reencarnación!)², no encuentran los anticuerpos y las defensas inmunizadoras que debería proporcionar un fe consciente y documentada.

*Constatación
de un estado
comatoso de
la fe*

*Cada vez más
rara una fe
adulta, cons-
ciente y cultu-
ralmente eficaz*

² No lejos de este porcentaje están los que creen en la reencarnación en nuestra sociedad española. (Nota de la Redacción)

*“Misión”
a realizar
en nuestro
contexto*

*Valorización
del sacerdo-
cio bautismal
de los laicos*

Tomar nota de lo dicho debería llevar a una renovación bastante profunda de las prioridades y de los métodos de acción pastoral. Por no hablar de la novedad que produce –se quiera o no– en la vida y el ministerio de los presbíteros.

3.- Ya desde hace algunas décadas, los Obispos han llamado la atención de sus comunidades sobre algunos puntos de esta puesta al día. Entre ellos podemos citar la prioridad de la evangelización, proclamada con fuerza e insistencia, en sus características de novedad, por el Papa Juan Pablo II. Cambia y se actualiza el concepto de misión: tanto aquella “ad gentes” como la que debe ser realizada en nuestro contexto cultural. Fácilmente se intuye cómo debería influir este cambio en el estilo de vida y la responsabilidad de toda la comunidad cristiana. Mucho más difícil es, sin embargo, dar vida a esta transformación sin retrasos, sin escapadas en solitario, sin confusión de papeles y sin suscitar ulteriores y más graves tensiones.

4.- La búsqueda teológica y las declaraciones del magisterio nos ofrecen abundantes indicaciones para una cada vez más vasta valoración del sacerdocio bautismal de los laicos. Su testimonio en el ámbito secular y su mesurada colaboración con la solicitud pastoral de la Iglesia, merecen una atención renovada, y se expresan en formas siempre nuevas que reclaman de los sacerdotes la oferta de una alimentación adecuada, no equiparable ya a lo que se hacía en las últimas décadas. No es raro encontrar casos de falta de estima y de recelo en lo que toca a esta evolución. Los sacerdotes están todavía condicionados por una mentalidad espiritualizada y muestran algunas carencias en la justa valoración de la importancia primaria del sacerdocio universal del pueblo de Dios. Además, parece que se puede notar entre los más jóvenes un retorno al clericalismo, bien como mecanismo de defensa, bien como muestra inevitable de la agresividad juvenil.

5.- La vida religiosa, masculina y femenina, está siendo sometida en estos últimos años a un profundo y no siempre unívoco proceso de transformación. Y se encuentra implicada la responsabilidad de los sacerdotes, que raramente son competentes en este campo. El cuidado de las vocaciones, la colaboración con los religiosos y religiosas, la

justa valoración de los carismas y todo lo que toca al papel del ministerio ordenado en su relación con esta componente de la comunidad cristiana, presenta hoy problemas nuevos y determina tensiones de no fácil solución, en un contexto en el que el testimonio de la radicalidad evangélica es más necesario que nunca, como ya hemos visto.

6.- Aludamos a un último elemento de novedad: la totalidad de las características de nuestro tiempo nombradas hasta aquí, y muchos otros factores que no hemos citado, determinan una polarización de las diferencias, una tendencia a llevar a extremo las posiciones y a enfrentarse. Este dato constituye uno de los problemas más arduos de la acción pastoral. Se han señalado diversos modelos eclesiológicos (e incluso diversos itinerarios formativos, subrayados antropológicos y sensibilidades espirituales) que podrían enriquecer a toda la Iglesia, pero se corre demasiado a menudo el riesgo de que se transformen en fuentes de polémica, de desconfianza recíproca e incluso que den origen a un cruce de juicios malévolos. No se trata, ciertamente, de reconstruir la unanimidad plana y mortificante típica de épocas pasadas, pero tampoco se puede aceptar la subjetivización de la fe en la pertenencia eclesial condicionada por “sectores”, a veces incluso “facciones”, que se derivan de las diferentes formas de polarización, al mismo tiempo que causan su incremento. El papel ministerial y la misma “espiritualidad” del sacerdote son puestos como causa de este fenómeno. Él es llamado a “edificar” la casa de Dios con los hombres, a servir a la comunión eclesial, a custodiar celosamente la autenticidad y la objetividad de la fe. Tareas de este tipo exigen, en el actual contexto eclesial, la capacidad de calar en las nuevas formas y de dotarse de instrumentos adecuados a la nueva situación.

2.- LAS REACCIONES “SOBRE EL TERRENO”

Pongamos sólo algún ejemplo. Se nota a veces entre el clero una peligrosa sensación de *pesimismo resignado*. Nos acomodamos fácilmente en un clima de lamentaciones y decepción. Se tiene la impresión de que tanto afanarse y tantas iniciativas queden estériles: la gente está distraída, es superficial; los jóvenes no responden a las propuestas que comporten un mínimo de compromiso; los ancianos no se mueven ni

*Se cede a la
impresión
de una vida
inútil y dis-
persa*

un milímetro de unas costumbres religiosas de dudosa calidad cristiana; la Palabra sembrada es dispersada por voces mucho más fuertes y persuasivas. Se cede a la impresión de una vida inútil y dispersa. Y se aprende a soportar, con amargura, la caída de los ideales y de las perspectivas apostólicas que la dura realidad se ha encargado de presentar como ilusorias. En el vacío que se crea se asientan *sucedáneos y compensaciones*. Entre los más inocuos podemos citar al autoritarismo, el perfeccionismo maniático, el moralismo intransigente, la mentalidad de pequeño negociante eclesiástico, la manía de construir (¡con cemento armado!), el apegarse al dinero o a la carrera. Pero hay cosas peores, y no es momento de poner ejemplos.

Decimos esto sin ninguna intención de banalizar ni de juzgar demasiado deprisa a personas que sufren, que son ellas mismas las primeras víctimas de una vida trágicamente árida. Podríamos, sin exagerar, definir esta reacción como un “riesgo de depresión”. En muchos casos, por fortuna, ésta es vista como una situación peligrosa para los intereses espirituales y psicológicos del sacerdote. En este sentido, puede ser considerada como un bien, en tanto en cuanto favorece la necesaria superación de ilusiones demasiado abstractas y fáciles. Se corre, por tanto, a buscar un refugio.

Pero, en dos casos al menos, el remedio es peor que la enfermedad:

1.- Un primer intento, chapucero, de superar el pesimismo es el concentrar la atención sobre los compromisos de la *administración ordinaria* de la vida de la comunidad. Visto que hay que ser un funcionario eclesiástico, más vale apasionarse —en la medida en que sea posible— con ese trabajo. Nos instalamos sobre la rutina, sobre la diligente y precisa observancia de los reglamentos, sobre la respuesta puntual, y hasta generosa, a la demanda religiosa de la gente, sin indagar demasiado sobre su madurez cristiana o su calidad evangélica. Después de un tiempo se da uno cuenta de que todo marcha sin obstáculos ni sacudidas. La vida vuelve a tener un cierto sentido plausible. La gente está contenta. Los Superiores llegan hasta a admirar el feliz desarrollo de la vida de la comunidad y a apreciar a quien no les causa ninguna molestia. Sólo mucho más tarde y bajo ciertas condiciones se puede llegar a notar que, ciertamente, no se ha hecho ningún daño; pero tampoco nada, o casi nada, de bueno. Simplemente se ha aumen-

*No es reme-
dio instalar-
se sobre la
rutina, los
reglamentos*

tado el propio consenso con aquella fórmula de religiosidad que Jesús combatió con las palabras y los gestos más duros e intransigentes.

2.- Casi en el extremo opuesto, notamos un segundo intento de huir de la depresión y el pesimismo; se da cuando nos lanzamos de cabeza a la *continua multiplicación de actividades e iniciativas*. Se llena la vida de cosas por hacer, de compromisos urgentes; se corre tras cualquier propuesta, con indudable generosidad pero sin ningún discernimiento; se agota uno en un ritmo imposible. El frenético amontonarse de los compromisos ofrece al ministerio sacerdotal una apariencia de fecundidad, pero elimina toda posibilidad de reflexión, de verificación, de equilibrio en la vida espiritual. Y no es extraño que haga agua la necesaria serenidad psicológica y hasta la salud física. Sin embargo, uno está convencido de “entregarse” hasta la última gota de energía por el bien de la comunidad. Pero se olvida de que también la caridad pastoral, como toda forma de verdadero amor, “quaerit intellectum”: es decir, exige una sabia e inteligente programación, una constante revisión de medios y fines, una atenta dosificación de las fuerzas con una escala de prioridades que no puede dejar de lado la inolvidable atención a uno mismo.

*Tampoco:
agotarse en
un ritmo
imposible*

Las dos posturas negativas que acabamos de citar, cargando las tintas para aclarar lo que queríamos decir, se presentan también bajo formas mucho más sutiles y difuminadas —pero no por ello menos peligrosas— en la crónica cotidiana de muchas vidas sacerdotales. Se podría añadir que existe y se difunde otro modo, eficaz sólo en apariencia, de superar el pesimismo resignado; un cierto modo que parece evitar las dos desviaciones señaladas. Y que hace presa también en el clero joven. Si es posible expresarse con una imagen, se trata de la tentación de revestirse con un proyecto pastoral, poniéndose simplemente un “pret-a-porter” confeccionado de antemano, que ofrece la solución, prefabricada y garantizada, de los problemas. Hay agencias pastorales, movimientos, espiritualidades, etc. —de las que no discutimos su buena intención— que no se contentan con ofrecer instrumentos o sugerencias, sino que distribuyen una línea de programación pastoral lista para usar; sólo hay que aplicarla a la situación siguiendo fielmente las instrucciones de uso.

No es necesario repensarlo todo ni adaptarlo a las exigencias de la comunidad. Por fin se tienen respuestas claras y de aplicación inme-

diata a la eterna pregunta “¿Qué hay que hacer?”. El resultado está garantizado. Y no importa si se traduce en una drástica selección de “los que están con nosotros”, dejando atrás a “los que no quieren estar”. La comunidad se divide entre los fascinados y fieles seguidores del “método” y quienes, no queriendo o no pudiendo entrar (¡con todo el derecho!) en las estrechas redes del esquema del cura de turno, se encuentran fuera y, no pocas veces, juzgados negativamente por los “fidelísimos”.

Nos detendremos aquí. Hemos descrito solamente algunas patologías de las que se presentan, sabiendo bien que son muchas las situaciones sanas y prometedoras; muchos los sacerdotes comprometidos con inteligencia y fidelidad al Evangelio; muchas las comunidades vivaces y listas para dar un testimonio coherente del Señor Jesús. Creemos que la valentía de reconocer los virus de posibles enfermedades y de peligrosas involuciones, puede ser de utilidad en la reflexión sobre el modo en que un joven sacerdote puede introducirse en la maravillosa aventura de la pastoral, y vivirla con empeño iluminado y con alegría.

3.- ATENCIONES FORMATIVAS PARA EL SACERDOTE DEL TERCER MILENIO

Recojamos algunas observaciones, sin pretensión de dar remedios milagrosos, sino como intento de sugerir reflexiones útiles para repensar de modo global el estilo y los instrumentos de un acompañamiento educativo (y de una buena autoformación) que se revelen eficaces para el sacerdote. Sobre todo durante los primeros años de ejercicio de la caridad pastoral. Guardadas las debidas distancias, estas notas pueden tener algún valor incluso para la actual pedagogía seminarística.

1.- *La vida en el Espíritu*

Para garantizar la coherencia cristiana y sacerdotal de la vida de un sacerdote, nada puede sustituir a una *fuerte experiencia espiritual* que el sujeto haya interiorizado libremente y hecho propia.

Entendámonos sobre el sujeto de la cuestión: no se trata de inventar una forma especial de oración o un nuevo tipo de ascesis. Con el

término “experiencia espiritual” se quiere indicar ante todo una relación profunda y personal con Jesús y con su Espíritu, capaz de traducirse en un clima de amistad y de intimidad que se difunde a lo largo de toda la vida e invade cada instante de ésta. No debemos dar por descontado demasiado fácilmente este elemento fundamental de la vida cristiana. El sacerdote es y permanece como hombre de fe: su fe, entendida como íntima y asumida experiencia de la fiabilidad incondicional de Jesús y de su Evangelio, no es nunca una posesión pacífica o un dato adquirido de una vez para siempre. La formación seminarística y, en concreto, el estudio de la teología, deberían proporcionar al sacerdote conciencia clara de esto: en cuestiones de fe siempre estamos en camino. Es más, nos movemos en una carrera hacia el sublime conocimiento de Cristo; carrera en la que nunca debemos sentirnos cercanos a la meta³.

Para mantener viva una experiencia espiritual digna de este nombre, es necesario cultivar una serie de comportamientos y criterios de los que daremos algún ejemplo.

Una primera condición esencial: el sacerdote joven debe saber que la respuesta a su vocación con la elección de la renuncia de sí mismo, *de dejar de pesar en sí mismo y en su éxito, para renovar continuamente la decisión de “perderse” por Jesús y por su Evangelio*. Éste es el corazón de la vida de fe. Un corazón frágil y amenazado por todas las tentaciones de vuelta a sí mismo, de búsqueda del propio provecho (¡incluso espiritual!), de defensa de la capacidad autónoma para salvarse. Somos empujados en esta dirección por una fuerza tal que sólo una continua vigilancia y una invocación asidua de la gracia del Espíritu Santo pueden tener eficacia. La juventud está especialmente expuesta a esta tentación: ¿están los sacerdotes jóvenes acostumbrados a considerarla como la más peligrosa de todas? ¿Son ayudados a poner al centro de la propia personalidad la convicción de que “...el que quiera salvarse se perderá”?

Un segundo ejemplo: si la oración se reduce a un “deber” unido a las necesidades culturales de la comunidad o a obligaciones personales (¡sub gravi!) del sacerdote, dejará pronto de expresar y alimentar la vida de fe del sacerdote. Incluso cuando consiga ser fiel, el sacerdote

Relación profunda con Jesús y con su Espíritu

Renovar continuamente la decisión de perderse por Jesús y el Evangelio

³ Fil 3,7-18.

*Educarse
en la ora-
ción como
encuentro
con Cristo
vivo*

la reducirá a un esfuerzo ascético o, en el mejor de los casos, a un árido ejercicio intelectual de reflexión abstraída (y a menudo distraída). La pereza y la distracción de todas las cosas por hacer, acabarán con la buena voluntad de “sacar adelante” el compromiso de la oración. Es necesario educar y educarse en la oración como encuentro vivo con la persona del Señor Jesús y con Su Padre a la luz del Espíritu. Una oración deseada y “sentida” como momento de intimidad y de confianza, como coloquio amistoso-individual y comunitario- con el Viviente, no es algo espontáneo; no es fácil salvarla de la costumbre y de la complacencia farisaica por el deber cumplido. Desde los años de Seminario ésta es la preocupación fundamental: la formación del hombre “espiritual” que se renueva constantemente en el contacto personal y consciente con su Señor. A propósito de esto, nunca se insistirá demasiado sobre la función esencial de una familiaridad cada vez mayor con la Palabra. “Permanecer” en la Palabra de Jesús, hacer que llegue a ser la morada habitual de los propios pensamientos, de los afectos y del estilo de vida, es condición necesaria para ser verdaderos discípulos, para conocer la verdad y para vivir como libres hijos de Dios⁴.

Una buena experiencia de oración, en el sentido ya expuesto, no se improvisa: la larga y exigente pedagogía seminarística ofrece dos condiciones que, aun siendo indispensables, a menudo “caen” en la vida del sacerdote joven. Nos referimos al “proyecto de vida” en el sentido más concreto del término (horario, prioridades, equilibrio de los ritmos de trabajo y descanso), y a la dirección espiritual. Ésta última se queda muy a menudo en un deseo pío por falta de “directores”, pero también por la escasa convicción de buscarlos por parte de los “dirigidos”. Todo boceto de proyecto personal de vida queda rebasado por los afanes de una vida demasiado desordenada. A veces nos exponemos —como ya hemos dicho— por un mal entendido sentido de la disponibilidad siempre-a-todos, a cualquier irrupción de peticiones sin importancia e inmotivadas. Se pasan horas y horas, incluso por la noche, delante del televisor, armados con el mando a distancia y totalmente faltos de discernimiento, con la excusa de que, después de un día de trabajo masacrante, no es posible ponerse a hacer un trabajo “serio” y se tiene derecho a un poco de distensión... No se tiene pre-

*No frustrar
el proyecto
de vida por
una vida
desordenada*

⁴ Jn 8,31.

sente que, a largo plazo, esta cura repetida a base de imágenes y sensaciones superficiales, cuando no del todo anti-evangélicas, deja una herida profunda. Cuando se tira un cubo de agua contra un muro, el agua termina en el suelo, pero el muro queda mojado.

2.- La maduración de la afectividad

La vida pastoral del sacerdote, en las actuales circunstancias, se mueve hacia un progresivo aislamiento de cada sacerdote, escasamente compensado por algún loable esfuerzo de pastoral de conjunto y por alguna iniciativa de vida común. En este campo se tiene todavía la impresión de que queda mucho por hacer, sobre todo en el campo de la creación de una mentalidad nueva, más sensible a la dinámica de la vida fraterna, de la solidaridad, del compartir, de la capacidad de instaurar y cultivar relaciones interpersonales de amistad y colaboración, de estima dada y recibida, de comunicación profunda y franca. Es necesario garantizar desde el Seminario una educación atenta y prudente, pero también positiva y valiente, dirigida por **una correcta gestión de la afectividad**. El celibato no es, en modo alguno, un “holocausto” de la capacidad de amar ni del deseo de ser amados. No es la capacitación para vivir un espléndido (¡es un decir!...) aislamiento. La fraternidad presbiteral, la amistad, la solícita y misericordiosa paternidad espiritual, la rica trama de relaciones de gratitud y de aprecio que cada comunidad debe garantizar a su sacerdote, son elementos indispensables del celibato. Es más, son la prueba de su cualidad propiamente cristiana, del todo ajena a cualquier “imposibilidad” de tipo estoico.

La educación en la pureza del corazón y de los comportamientos camina al paso de esta educación positiva para el ejercicio limpio y libre de la afectividad. Quien tienen miedo de amar, de “querer” a alguien en concreto, no es un asceta: es un reprimido. Quien no sabe acoger, administrar y, eventualmente, purificar el afecto y la ternura que alguien le muestra, no es “más prudente”, sino que se encuentra peligrosamente encaminado a un estado de hibernación espiritual y apostólica. Bastaría mirar a Jesús y leer el Evangelio, con ojos sencillos, su “comportamiento afectivo” para encontrar la más autorizada confirmación de lo dicho. Pero sin olvidar que el Señor vino a redimir el corazón humano para ponerlo de nuevo en situación de expresar el máximo posible de amor.

Quien tiene miedo de amar, no es un asceta: es un reprimido

Sería útil preguntarnos, desde este punto de vista, si el sacerdote es ayudado a insertarse en esa forma de vida apostólica a la que Jesús llamó a los doce, invitándoles a abandonar una familia propia (incluso a la esposa, según Lc 14, 26; 18, 29) para hacerles capaces de un amor diverso y diversamente fecundo que sería el “cemento” espiritual para la edificación de la comunidad eclesial. ¿Es el sacerdote acogido así en la comunidad del presbiterio? ¿Es éste el modo en que se introduce en el tejido vivo de la comunidad?

3.- *La necesidad de conocerse a sí mismos de modo objetivo y concreto*

Para garantizar todo lo ya dicho es necesario —entre otras cosas— que el joven sacerdote esté en condición de mantener (o adquirir) una *buena, objetiva y concreta percepción de sí mismo*. No es raro constatar que alguno sale del Seminario con grandes proyectos ideales, con propósitos sublimes y lúcida claridad de ideas, pero con escaso conocimiento de la propia realidad, de las debilidades de las que debe defenderse y de los recursos a los que puede echar mano. En estos casos se corre un riesgo muy grave de crisis precoces, bastante profundas y difíciles de superar, precisamente porque el sujeto es poco consciente de lo que se mueve en el área de sus motivaciones últimas, de la estructura interior de su personalidad, que no ha alcanzado el nivel suficiente de conocimiento de sí.

En este caso, ni siquiera la pedagogía seminarística más atenta e iluminada puede anticipar una riqueza de estímulos ni unas condiciones existenciales que sólo la asunción del ministerio puede garantizar. Con una expresión un poco osada, alguien ha hablado de la escasa utilidad de las “relaciones presacerdotales” que el seminarista afronta durante las experiencias pastorales de fin de semana. Éstas son muy útiles e importantes; sobre todo las más exigentes del último año, pero no llegan a reproducir anticipadamente las condiciones globales de la vida presbiteral. El acompañamiento formativo de los primeros años de sacerdocio debería tener sobre todo esta razón: que la imagen de sí mismo que el joven sacerdote se construye al confrontarse con la realidad sea trazada de modo correcto y objetivo; que se eviten tanto las desconcertantes sorpresas del descubrimiento de las propias fragilidades cuanto la fuga ilusoria y frustrante en pos de un ideal inalcanzable

Acompañamiento para trazar correctamente la imagen de sí mismo

en sí mismo; que se favorezca una acogida misericordiosa y paciente en los largos períodos de crecimiento, una honesta convicción de la necesidad de completar la formación y de no ser de los que ya han llegado al final, una generosa y humilde voluntad de relación con quienes pueden ayudarnos a entendernos a nosotros mismos y a intervenir de modo apropiado; que se evite toda fórmula superficialmente consoladora o paternalista; que no se ofrezcan excusas demasiado fáciles, que en lugar de estimular el crecimiento y la necesaria conversión corren el riesgo de bloquear el proceso de asunción de las propias responsabilidades frente a Dios y a la Iglesia.

4.- Misión universal y fidelidad particular

El sacerdote joven será ayudado en gran medida en su formación por un doble sentimiento de su corazón: por una parte, que se abra y se mantenga siempre *abierto* a las *dimensiones del mundo*; que sea capaz de vibrar con los grandes problemas de la Iglesia y del mundo; que sea sensible al palpar de la misión católica, y no sólo en teoría. Por otra, superando toda tentación de impaciencia y de evasión, sea consciente de la importancia de su *entrega cotidiana* y *fiel* al crecimiento de las personas *en el contexto particular de Iglesia* que ha sido entregado a su cuidado. Que se dé cuenta de la complejidad y de la delicadeza de las situaciones personales, de la lentitud en los cambios –los cambios verdaderos y profundos– que señalan las etapas de la conversión.

Él es, de hecho, testigo autorizado y custodio de la universalidad de la fe, y al mismo tiempo ha sido encargado de nutrir al pueblo de Dios con el pan cotidiano, no de convocarlo de vez en cuando para que asista a un espectáculo extraordinario.

Sin la primera actitud no tardará en presentarse una existencia sacerdotal condicionada por mezquindades de todo tipo, por celos y cotilleos, confinada a la sombra del campanario, incapaz de comunicar a los fieles las grandes dimensiones de la pertenencia eclesial. Sin el segundo, el sacerdote se vuelve inquieto e impaciente, después de unos meses querrá ver ya los frutos de su trabajo; favorecerá en sí mismo y en sus fieles la ilusión de unos cambios externos y superficiales, sin raíces e incapaces de dar fruto duradero.

Sensible al mundo y al palpar de la misión católica

5.- Capacidad de diálogo y de confrontación constructiva

Hemos hecho referencia a la creciente complejidad de la situación pastoral bajo el perfil de las diversas posiciones y tendencias que se determinan en el área de la comunidad cristiana. Los sacerdotes de hoy y de mañana estarán en grado de afrontar tal complejidad a través de una *constante educación para el dialogo y para la acogida de la diversidad, como ocasión de enriquecimiento en la edificación de la Iglesia.*

Hay “diferencias” y visiones parciales de la fe que son corregidas de modo limpio y valiente. Pero a menudo se trata, en cambio, de legítima diversidad en los puntos de vista, de diferencias marcadas por distintos subrayados de tipo espiritual o determinadas por sensibilidades que tienen derecho de ciudadanía en la Iglesia. Los dones del Espíritu Santo son diversos y no pueden ser reducidos a una plana conformidad. Una primera característica del ministro ordenado será, por tanto, su libertad personal frente a pertenencias demasiado rígidas y selectivas, que no logran evitar estilos de intolerancia e imposición intransigente del propio punto de vista o de la experiencia personal, por muy rica y bella que ésta pueda ser.

El sacerdote está dotado del carisma de la síntesis, y por ello es el arquitecto al que ha sido encomendada la construcción de la casa común. Tal construcción saldrá adelante si se utilizan, cada uno a su manera, todos los materiales disponibles. El sacerdote debería tener como preocupación primaria el no obstaculizar la acción del Espíritu; al contrario, debe saber reconocerlo en todas sus manifestaciones, incluso en aquellas más lejanas a sus propios gustos o manifestadas en estilos y lenguajes que no le son familiares. Siempre que quede a salvo lo que es esencial a la fe, aquello que constituye su contenido objetivo e irrenunciable para cada creyente. Cada una de las diversas expresiones de la misma fe y del testimonio cristiano debe armonizarse con todas las demás y sólo podrá ser criticada en la medida en que rechace esta llamada a la edificación solidaria de la comunidad.

No se trata de un trabajo fácil. El sacerdote deberá llevar a cabo un gran equilibrio y usar mucha sabiduría de “anciano”, aunque sea joven. Para toda la comunidad él es el signo de aquella pertenencia a Cristo de la que habla san Pablo a los Corintios, capaz de superar divisiones y competitividades con el fin de plegar toda diversidad al deseo

Libertad frente a pertenencia rígida, que puede llevar a intolerancia

Signo de la unidad, superando divisiones y competitividades

de la edificación común. Llegando incluso al extremo de afrontar serenamente, si fuese necesario, la renuncia a la determinación demasiado clara de un “carisma” propio, porque, si es verdad que todo es lícito, también lo es que no todo edifica⁵.

6.- *El cuidado de una fe adulta*

Estamos viviendo, sobre todo en la Italia⁶ de estos últimos años, *el paso de un cristianismo hecho fundamentalmente de costumbres y tradiciones, unido al consenso de masa y a la cultura dominante, a un cristianismo que advierte de la necesidad de fundarse cada vez más sobre convicciones personales libres y motivadas. Es el tema de la fe “adulta”*. Sin quitar nada al valor de la fe sencilla, hay que convenirse de que ya no somos “sencillos”, y que la fe sólo puede sobrevivir si se halla en grado de responder a la complejidad de la vida de hoy y a las peticiones, cada vez más exigentes, que, en busca de sentido, formulan nuestros contemporáneos. El mundo de la experiencia religiosa está siendo atravesado por peligrosas formas de infantilismo y de regresión que no tienen nada que ver con la llamada evangélica a ser como niños y a la pequeñez como condiciones para entrar en el Reino. El sacerdote no sólo debe evitar justificarlas e incrementarlas, sino que tendrá que contrastarlas mostrando la fuerza liberadora de una verdadera “cultura cristiana” a la altura de los tiempos.

Habilitar para una fe adulta que supere la regresión a infantilismos

Se exige que ya durante los años de Seminario el estudio de la teología sea propuesto y venga acogido como la necesaria habilitación personal para una fe crítica y adulta, que dé fundamento a la tarea de hacer nacer y crecer esta fe adulta hasta en las personas a las que se confiará el ministerio sacerdotal. ¿Qué decir de una teología estudiada a duras penas, sólo para superar los exámenes, que no llega ni a arañar la certeza de “saber ya” cómo hay que apacentar el rebaño? ¿Qué decir del sacerdote joven que, terminada la última página del último libro de texto, pasa años sin estudiar ni leer nada que tenga visos de seriedad o de compromiso? Es más, quejándose de la abundancia de documentos magisteriales o de los estímulos al estudio como si fuesen invitaciones

⁵ Cfr. 1 Cor 3,21-23; 10,23-24.

⁶ Característica común: herederos de la fe tradicional de los países que baña el Mediterráneo. Francia fue la primera en el tiempo, ahora la han seguido, Italia, España, Portugal (N de la Redacción).

a perder el tiempo; tiempo que hay que emplear en actividades mucho más concretas, inmediatas y productivas. Pero ¿productivas de qué?. Se obtiene fácilmente el asentimiento de los jóvenes para salir a tomar algo por la tarde, o para ver una película. Mucho más difícil es -y esto sí que es verdaderamente esencial para su crecimiento como cristianos adultos- conseguir preparar algo consistente para anunciárselo en una convincente catequesis de fe.

7.- Los cercanos y los alejados

El elenco de garantías que ofrecer al sacerdote (y que él mismo debería querer procurarse) podría seguir largamente. Nos contentaremos con una última consideración.

Existe una tentación común a todos los sacerdotes que hace presa con más fuerza si cabe en el clero joven. Se trata de la tentación de asumir un *comportamiento en la relación con los "cercaños" y los "alejados" que es contrario al que asumió Jesús*.

La intransigencia lleva a exigir a los alejados todo lo que no pueden dar: todo y rápido; en las palabras de los sacerdotes y en el modo en que se relacionan con ellos, se sienten juzgados, reprochados y condenados; no se deja de hacerles entender, cuando por cualquier motivo se acercan a la comunidad, que no están en regla, que deberían ser distintos, que les falta algo y que sólo bajo ciertas condiciones podrán gozar de algunos de los privilegios reservados a los buenos feligreses.

Y viceversa: el pequeño círculo de los cercanos, simpatizantes y colaboradores es atendido con gran despliegue de energía; se les disculpa y excusa todo tipo de retrasos y defectos; son lugar de refugio afectivo (todo lo contrario a lo dicho respecto de un sano ejercicio de afectividad pastoral) y se les agradece cualquier atención.

Parece que el Evangelio indica un camino diferente: a pesar de dar a sus discípulos y apóstoles claros signos de amor y amistad, Jesús no les ahorra los reproches necesarios, no les oculta las duras exigencias del seguimiento, y, sobre todo, les envía advirtiéndoles que, habiendo recibido mucho, mucho deben dar. Y no deberían considerar privilegio o título de mérito su intimidad con el Señor; al contrario, tendrían que vivirla como la más exigente invitación a la responsabilidad apostólica. Por lo que toca a los otros "cercaños" a Dios, o quienes así se llaman, representados por los fariseos, no es necesario poner

Acogida y ternura para con el alejado, amor exigente a los cercanos

ejemplos de la dura intransigencia en que se traduce el amor de Jesús por ellos. Por el contrario, en la relación con los alejados, con los ignorantes y con los pecadores, vemos en Jesús una gran capacidad de acogida y de perdón paciente: no para dejarlos como están, sino como llamada –la más eficaz– a esa conversión que pasa a través de la experiencia del sentirse amados gratuitamente, del sentirse acogidos “en casa” sin pasar exámenes ni pagar atrasos.

También a este respecto nos encontramos ante un verdadero cambio de la mentalidad imperante. El sacerdote debe ser consciente de ello. Aunque sólo sea porque ante el testimonio de cambios de este tipo se puede determinar el milagro de la conversión a la fe: cuando uno se siente “lejano” se da cuenta de que al menos en la Iglesia, al menos ante un sacerdote, no se es un cliente en una tienda, sino un amigo acogido cordialmente porque se le espera desde hace tiempo.